

January 2017

Carismas en la universidad para la construcción de la paz

Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla

Universidad de La Salle, Bogotá, fabiocoronado@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

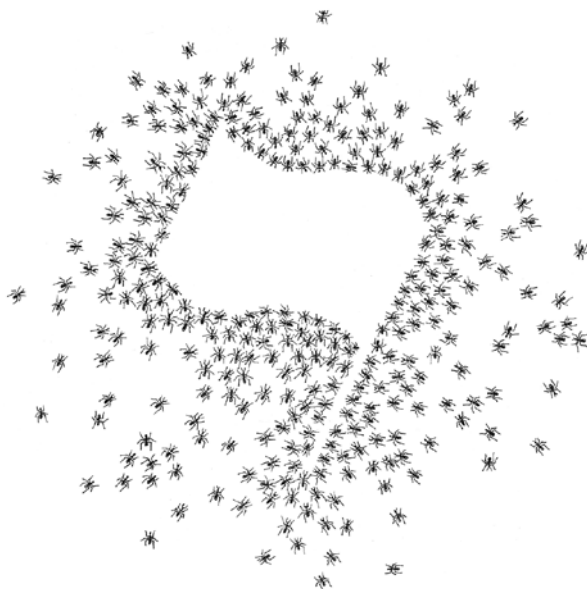
Citación recomendada

Coronado Padilla, H. H. (2017). Carismas en la universidad para la construcción de la paz. *Revista de la Universidad de La Salle*, (72), 83-101.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Carismas en la universidad

para la construcción
de la paz*



Hermano Fabio Humberto Coronado Padilla, Fsc.**

■ Resumen

Dentro de un horizonte de largo plazo, en el cual Colombia necesita de unos sesenta años para reconstruir el tejido social, familiar y personal destruido por más de cinco décadas de todo tipo de violencias, la presente ponencia se interroga sobre: ¿cuál es el papel de los carismas educativos que inspiran a las universidades católicas en su propósito de contribuir a la construcción de la paz a través de una formación en y

* Esta ponencia es producto del desarrollo teórico realizado dentro del marco del proyecto de investigación: *La formación como tarea institucional en la misión y visión de la universidad católica colombiana, y en particular en la Universidad de La Salle de Bogotá, en la Universidad Católica de Colombia de Bogotá, en la Universidad de San Buenaventura de Cali, y en la Universidad Católica de Manizales. Pertinencia y coherencia frente a los cambios de una sociedad cada vez más secularizada y laica en un Estado Social de Derecho*", inscrito dentro de la línea de investigación Cultura, Fe y Formación en Valores, del Doctorado en Educación y Sociedad de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle de Bogotá. Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Educación y Sociedad: el papel de la educación en la construcción de la paz, noviembre 16, 17 y 18 del 2016, Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia, en la mesa temática n.º 1: *Educación para la transformación social y cultural: caminos hacia la paz*, coordinada por la doctora Amparo Novoa Palacios.

** Exdirector del Departamento de Formación Lasallista y exvicerrector académico de la Universidad de La Salle de Bogotá; licenciado en Educación con énfasis en Ciencias Religiosas y magíster en Docencia de la Universidad de La Salle de Bogotá. Realizó estudios posgraduales de Teología Espiritual en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Cursó el Doctorado en Educación y Sociedad de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Salle de Bogotá. Correo electrónico: fabiocoronado@unisalle.edu.co

para la cultura de paz? A partir de una mirada a la realidad suscitada por el plebiscito en su jornada electoral del 2 de octubre del 2016, reflexiona sobre el aporte de los carismas educativos y las universidades católicas para intervenir la violencia directa, estructural y cultural, y las implicaciones del paradigma del bienestar y buen vivir con la pobreza y los pobres, el fortalecimiento institucional y la construcción de regiones. Se concluye con la propuesta de una universidad como laboratorio de cultura de paz.

Palabras clave: universidad católica colombiana, carismas educativos, carisma lasallista, construcción de la paz, cultura de paz.

Si damos una mirada a nuestro pasado reciente encontramos cómo Colombia en poco tiempo logró pasar de las palomitas de papel blanco, de las marchas multitudinarias con camisetas blancas, y de las semanas y oraciones por la paz, a la toma de conciencia de la necesidad del polo a tierra de las ejecutorias. La paz pedía hechos y no palabras. Pero, ante todo, un proyecto de nación con programas promotores del desarrollo y de la calidad de vida para todos, especialmente de los más vulnerables. Entre tanto, la educación estatal y privada en su conjunto se mostró rezagada. Ejemplo paradigmático lo constituye el que por varios lustros estuvo engolosinada en competir por quién lograba los estándares más altos de calidad, ocupaba los primeros puestos en los *rankings*, se ponía a tono con las tecnologías de frontera o hablaba mejor inglés. Mas la violencia recrudecía en todos los frentes. La educación estaba como narcotizada, las universidades rara vez se pronunciaron... hubo grandes silencios cómplices. A la educación también le corresponde pedir perdón por sus omisiones.

Hoy los escenarios han cambiado. Nos encontramos de cara a un país que se enrumba hacia la cimentación de un proyecto nuevo de nación, fruto de un proceso de paz que transita del querer la paz, a construir la paz. Sin embargo, la realidad antipaz es como un tsunami global que nos sobrepasa y ahoga. Las múltiples formas del terrorismo de la guerra mundial a cuotas, los conflictos interétnicos, los enfrentamientos internacionales tras el poder en la geopolítica global, etcétera, necesariamente hacen saltar la pregunta: ¿y a todos sus protagonistas

quién los educó? Impresiona recordar las fotografías de los kamikazes de París, de los pistoleros de los Estados Unidos, o las imágenes agresivas de los soldados del Estado Islámico o de quienes arrojan bombas sobre la ciudad de Alepo en Siria, sembrando destrucción y muerte. Todos jóvenes, frizando los veinte o menos años. Ciertamente, la paz es una utopía. No obstante, la educación es soñadora por esencia, uno de sus fines ha sido siempre el trabajar por la paz. Tarea dispendiosa hoy cuando la práctica educativa desborda lo que se hace en escuelas, colegios o universidades. Propuestas como las de “ciudad educadora”, “nación más educada” o “educar hoy y mañana para un planeta en paz”, nos recuerdan que educar para la paz es un compromiso de toda la sociedad.

Colombia ha entrado en una nueva etapa creativa, tiempo de reconstrucción y de creación de un país nuevo, el cual resuelve sus conflictos por la democracia y dedica todas sus capacidades y talentos a construir una sociedad más justa, más educada y más próspera. Sin embargo, se hace necesario ser realistas, los expertos sostienen que en Colombia se necesitan por lo menos tres generaciones para lograr reconstruir el tejido social, familiar y personal destruido por décadas de todo tipo de violencias. Si aceptamos el lapso propuesto por ellos, según el cual cada generación comprende veinte años, entonces, antes de sesenta años no podremos contar con una nación en paz. Aquí resulta iluminadora la narración bíblica del pueblo de Israel en éxodo por el desierto, una generación fue muriendo y otra fue naciendo. Dios fue transformando y purificando, recreando pedagógicamente la cultura. Aparece un nuevo pueblo con una mentalidad, ya no de esclavos, sino de sujetos libres protagonistas de su propia historia, merecedores de la tierra prometida.

Seis décadas para conseguir la paz. Mucho y poco tiempo. Recordemos que una de las causas de la secular violencia colombiana es el carácter agresivo de los connacionales. Los conflictos son resueltos, antes que por el diálogo, por medio de comportamientos violentos. Esto se expresa en la cotidianidad intrafamiliar, laboral, en el estudio, en la calle o en internet. La educación no ha logrado tocar y transformar este rasgo enraizado en el corazón de nuestra cultura. No habrá educación para la paz exitosa si esta no pasa previamente por la construcción de una cultura de paz que se contraponga a una cultura de la

violencia. Acá la educación desempeña un rol fundamental ya que le compete formar para el desmantelamiento de la cultura de la guerra, la promoción de los derechos humanos, la interacción que vive en justicia y compasión, el respeto por la diversidad, la reconciliación y la solidaridad, la vida en armonía con el planeta Tierra y el cultivo de la paz interior.

Dentro de esta perspectiva de largo plazo, según la propuesta de Castro (2016), la construcción de la paz significa hacer de este país una casa nueva edificada sobre tres cimientos fundamentales: “*el ético* que asegure la lucha contra la corrupción, *el espiritual* que favorezca el perdón, la reconciliación y la misericordia y *el cultural* que promueva la cultura de la vida, de los derechos humanos, del valor del otro y le dé un golpe eficaz a la cultura que pide sacrificar seres humanos” (p. 29). Para lograr tales propósitos, a la universidad católica colombiana, comprometida con la educación en lo superior y para lo superior de las nuevas generaciones, le corresponde una tarea prioritaria e ineludible en la cual los diversos carismas educativos que la identifican hagan su aporte en fidelidad creativa al gran proyecto nacional de construcción de la paz.

Realidades que cuestionan a la universidad

Al día siguiente del plebiscito del domingo 2 de octubre del 2016, el país que despertó no era el mismo. Tomó conciencia de que Colombia no era lo que cada uno pensaba, que no se tenía un país sino varios, un país fragmentado e incapaz de confluir en un propósito de conjunto. Entre los análisis que se escribieron en esos días, el realizado por Julián De Zubiría (2016) en la edición digital de la *Revista Semana* argumentaba que en Colombia coexisten tres países: el país de los abstencionistas, el país de los del No, y el país de los del Sí, y señalaba que “la derrota del Sí representa la expresión del fracaso de un sistema educativo que no logra transformar las maneras de pensar, convivir y comunicarse de su población”, convirtiéndose así en el principal obstáculo de la paz. Entre las diversas razones aducidas espigamos tres: una primera, “Un país en el que 3 de cada mil personas saben leer de manera crítica no se mueve por las ideas, sino por emociones primarias como el miedo, la ira o la venganza”; una segunda, “[...] hoy tenemos que reconocer que la educación no ha podido

movilizar al 63 % de los colombianos para que participen activamente en la construcción de una mejor sociedad”; y la tercera, “No hemos logrado formar individuos que actúen impulsados por un criterio propio para pensar, analizar o decidir. Lo que permite ratificar que nuestro sistema educativo ha fracasado en su intento por cambiar las estructuras cognitivas y valorativas de los estudiantes”.

La apretada victoria del No en el plebiscito también mostró un país dividido, donde los departamentos del centro —valga recordar más educados y más desarrollados— se impusieron sobre el Sí de las regiones más golpeadas por el conflicto, la pobreza y la falta de oportunidades. En Antioquia, Santander, Norte de Santander, Cundinamarca, Risaralda, Caldas, Quindío, Tolima, Huila, Meta, Arauca, Casanare y Caquetá ganó el No, y en todos los demás de la periferia del país ganó el Sí, junto con Boyacá y Bogotá Distrito Capital. A este respecto es contundente el análisis de Vladdo (2016) en su columna de *El Tiempo*:

En una votación que debería avergonzarnos no solo por la alta abstención, sino por tan mala decisión, los que determinaron el resultado del plebiscito no fueron los que han puesto los muertos en las regiones más pobres y apartadas del país, sino los habitantes de los grandes centros urbanos, que escasamente ven la guerra por televisión; esos que votaron basados en los miedos inventados por los promotores del No.

Pero hay más. El papel desempeñado por las dos confesiones religiosas más numerosas del país, los católicos y los evangélicos, mostró que en Colombia ni las iglesias logran confluir en un propósito común. Las iglesias evangélicas aglutinadas desde 1950 por el Consejo Evangélico de Colombia (Cedecol), con un 15% del total de la población colombiana, es decir, cerca de 8,25 millones de creyentes en el territorio nacional, con su disciplina y unidad tuvieron un peso definitivo en las votaciones del No en el plebiscito. Por el contrario, la Iglesia católica, con el 80% de la población colombiana seguidora de su fe, no favoreció el triunfo del Sí con la postura ambivalente de su Conferencia Episcopal, quien habiendo sido públicamente intermediaria y protagonista de los diálogos de los acuerdos de paz de La Habana, llegado el momento de pronunciarse oficialmente a favor del apoyo al Sí, optó por dejar que cada fiel católico tomara

la decisión que en conciencia a bien tuviera, suscitando así confusión y duda.¹ Hubo explicaciones y pronunciamientos de parte y parte,² pero la verdad fue que siendo las iglesias y confesiones religiosas del país las llamadas a ser las catalizadoras y promotoras número uno del apoyo decidido a favor de un plebiscito histórico, terminaron divididas, desde fuera por los politicastos de siempre, e internamente por sus tomas de posiciones polarizadas frente a idearios y maneras de ver el futuro del país.³

Finalmente, a este panorama habría que añadir el rol desempeñado por los estudiantes universitarios posteriormente al día del plebiscito, quienes por las redes sociales convocaron “marchas por la paz” que fueron multitudinarias. Cabe destacar las realizadas en cada una de las dos semanas siguientes al proceso electoral del 2 de octubre. La primera, el miércoles 5 de octubre, con antorchas y en silencio; la segunda, la denominada marcha de las flores, el miércoles 12 de octubre, en solidaridad con los pueblos indígenas quienes también ese día salieron a la calle. Ambas con lleno pleno en la simbólica plaza de Bolívar de Bogotá. Sus protagonistas fueron la generación de jóvenes más conocida como los *millennials*, quienes, valga la reflexión, sin demeritar el valor que tuvo su gesto, reaccionaron tardíamente ante acontecimiento de tanta trascendencia para su propio futuro. ¿Por qué no salieron a votar cuando correspondía y sí lo hicieron después para manifestar su inconformismo con un resultado?⁴

Los anteriores acontecimientos denotan claramente que hay un antes y un después del plebiscito que cuestiona hondamente la educación en lo superior y para lo superior impartida por las universidades del país. En cuanto a las

1 Son textos referentes de esta polémica el de la *Revista Semana*, “El voto que condenó al plebiscito”, y la columna de monseñor Pedro Mercado (2016) en *El Tiempo*, “La Iglesia y el plebiscito”.

2 Para el caso de la Iglesia católica ver la entrevista a monseñor Luis Augusto Castro, presidente del Episcopado, publicada en *El Tiempo*, “Como los jóvenes, la Iglesia Católica quiere acuerdo ya”.

3 Sobre la comprensión y el análisis del creciente poder religioso-político de las iglesias evangélicas en la actual coyuntura colombiana son paradigmáticos los artículos de *El Espectador*, “El fenómeno cristiano detrás del No”, y de la *Revista Semana*, “Religión y política”.

4 Al respecto son ilustrativos el texto de la *Revista Semana*, “El llamado de los jóvenes”, y el reportaje de *El Tiempo*, “Los estudiantes tras las marchas por la paz”.

universidades católicas, asentadas en su mayoría en las ciudades y departamentos donde triunfó el No, el cuestionamiento es más fuerte. ¿En qué medida su acción formativa no ha logrado tocar el corazón de las nuevas generaciones? ¿Hasta dónde no han sido suficientemente efectivas sus pedagogías para todavía no lograr formar una nueva dirigencia intelectual, política y empresarial? ¿Su contribución a través de décadas no ha sido decisiva en la construcción de la paz mediante la educación en una cultura de paz? ¿El impacto de los carismas educativos hasta ahora ha sido muy tangencial y débil?

Carismas educativos: una respuesta

Como consecuencia de lo anterior se plantea otra pregunta: ¿cuál es el papel de los carismas educativos que inspiran a las universidades católicas en su propósito de contribuir a la construcción de la paz a través de una formación en y para la cultura de paz? Iniciemos afirmando que, desde el punto de vista teológico, los carismas educativos son suscitados por el Espíritu Santo como dones que enriquecen la Iglesia en su tarea evangelizadora, en las sociedades de ayer, de hoy y de mañana, y que a través de las diferentes familias religiosas ejercen el ministerio apostólico de la educación para llevar el Evangelio a todas aquellas instituciones formadoras de las nuevas generaciones. A través de los siglos, con creatividad, han innovado permanentemente tras la búsqueda de las mejores formas para educar cristianamente a los jóvenes. Dentro de estas iniciativas, en Colombia las universidades católicas se han consolidado como instrumentos privilegiados para la acción evangelizadora.

Desde los albores de la construcción de nuestro país como nación independiente, distintas congregaciones religiosas llegaron a nuestros actuales territorios y, sin tardanza, emprendieron la tarea evangelizadora, entre otros medios, con la creación de universidades en Santafé de Bogotá (dominicos, jesuitas, franciscanos, agustinos). En esta labor de primera evangelización, sus carismas educativos desempeñaron un papel preponderante. Siendo cada carisma algo vivo y vital, estos fueron recibidos con fidelidad y transmitidos con creatividad. Es así como las nuevas situaciones que encontraron, los problemas que enfrentaron, el ritmo de las sociedades que se transformaron, y el conjunto del

movimiento de la historia llevó a cada carisma educativo a escrutar un nuevo estilo de existencia.

La historia nunca se detiene y los carismas educativos se fueron diversificando y adaptando con el discurrir del tiempo. Hoy la Iglesia católica colombiana dispone de una amplia y sólida red de universidades católicas ubicadas en distintos lugares de la geografía nacional y con la riqueza que les proporciona su múltiple identidad. Universidades dirigidas por religiosas hermanas, religiosos hermanos, laicos católicos, religiosos clérigos y por sacerdotes diocesanos o arquidiocesanos. Universidades con sedes en Cartagena, Montería, Bucaramanga, Medellín, Rionegro, Caldas, Bogotá, Chía, Yopal, Tunja, Villavicencio, Manizales, Pereira, Armenia, Santa Rosa de Osos, Quibdó, Cali, Palmira y Pasto. Todas ellas con diferente grado de compromiso tanto en el tiempo como en el tipo de proyectos, han llevado a cabo tareas individuales o de conjunto a favor de la paz.

Sin embargo, el aquí y ahora de la realidad colombiana reta de nuevo a los carismas educativos para que den nuevas respuestas, desafía a la vida consagrada, a los sacerdotes y a los laicos católicos comprometidos con la dirección de universidades a no repetir, sino a recrear sus acciones transformadoras. Ante los impredecibles rumbos tomados por el proceso de paz con las FARC y el ELN, a las universidades les corresponde ser espacios de discernimiento orante, de diálogo abierto, donde en equipo se pueda ir buscando, compartiendo, intercambiando y aportando de modo que puedan ir encontrando el camino para hacer frente a dichas realidades. El potencial con que cuentan las universidades católicas colombianas no se puede desperdiciar, por el contrario, hay que hacerlo fructificar al ciento por uno. Con una mirada de esperanza y optimismo, tenemos que afirmar que algo nuevo está naciendo. Es hora de crear, inventar y sugerir, fomentar y propiciar nuevos caminos que nos lleven a unos horizontes futuros de país nuevos y en paz.

Aportes del carisma lasallista

De entre los carismas educativos que hacen presencia en la universidad católica colombiana tenemos el carisma lasallista, al cual nos referiremos de forma

sucinta para ilustrar las posibilidades con que cuentan para la construcción de la paz. Se trata de resignificar la universidad desde la fuerza inspiradora de los carismas, con todo el dinamismo espiritual y la audacia apostólica de los fundadores. Como bien lo señala Martínez:

Volver al carisma fundacional es retornar al don dado para recrearlo en el aquí y ahora de nuestro tiempo y de nuestra realidad. Los distintos carismas expresan la riqueza de espiritualidades, vida en común, apostolados y estructuras de organización que identifican a las diversas órdenes, congregaciones e institutos. Recrear el carisma es responder creativamente ante las nuevas circunstancias que se nos plantean. (2007, p. 40)

En cuanto a lo que al carisma lasallista se refiere, definido como: “el procurar una educación humana y cristiana a los jóvenes, particularmente a los pobres, en comunidad fraterna”, sus ideas fuerza se pueden desarrollar en el ámbito universitario a través de una formación en y para la cultura de paz. De su relectura en clave de paz surgen los siguientes tres elementos: comunidad, interioridad y diálogo intercarismático, los cuales se explicitan a continuación.

Enseñar a forjar comunidad: Bauman (2008), en el agudo análisis de la sociedad contemporánea que realiza en su libro precisamente titulado *Comunidad*, concluye que lo que prima es la dura realidad “no comunal” e incluso “explícitamente hostil a la comunidad”. Sus causas son el ambiente de desarraigo, de desvinculación, de relaciones efímeras en la familia, en el trabajo y en todos los ámbitos de la vida. Uno de los malestares de la cultura actual es la pérdida de ese ideal de “comunidad imaginada” que vinculaba a un territorio, a unas personas, a una historia compartida, plena de afecto y permanencia en el tiempo. No obstante esta situación, una vida feliz necesita siempre de la comunidad, de ese lugar de referencia al cual se denomina “mi casa”, “mi pueblo”, “mi gente”, al cual siempre se retorna.

Colombia no es ajena a esta tendencia global de no comunidad o anticomunidad, con un agravante, su *ethos* cultural con profundas raíces en lo comunitario se ha fracturado, herido, traumatizado y desdibujado, como consecuencia de

las más de cinco décadas de todo tipo de violencias. Es aquí donde los lasallistas, expertos en construir comunidad y en tejer lazos fraternos para la acción educativa, pueden aportar su sabiduría acumulada para enseñar a reconstruir las relaciones rotas, a dar prioridad al trabajo de conjunto por sobre el individual y egocéntrico, a fomentar el espíritu de cuerpo solidario en los equipos y colectivos, haciendo de la diferencia una oportunidad y no una amenaza. La construcción de la paz requiere como telón de fondo un saber convivir armoniosamente, el cual solo es posible si se logra recuperar el espíritu de comunidad que el país perdió.

Educación en la interioridad espiritual: Böttigheimer (2015) sostiene que "la Sagrada Escritura supone invariablemente que Dios opera en todo y que a lo largo de la historia ha intervenido una y otra vez en el mundo actuando en libertad" (p. 13). El teólogo alemán hace de este aserto un juicioso estudio en su libro *¿Cómo actúa Dios en el mundo?* Allí recuerda que: "Según confiesa la fe cristiana, la historia es algo más que un mero producto de la acción humana deliberada o del puro azar; antes bien, Dios mismo hace historia. Esto, sin embargo presupone la mirada de la fe" (p. 186). Es esta mirada de fe a la realidad, a los acontecimientos y a la historia la que ha caracterizado el actuar de los lasallistas, quienes han privilegiado la pedagogía de la interioridad como mediación para desarrollar en cada joven sus capacidades de autorreflexión, de introspección, de un examen constante y a fondo de sus pensamientos, emociones y comportamientos. Una pedagogía de la interioridad que logra traducirse en la cotidianidad del joven en su autocontrol para un relacionarse no impulsivo, agresivo o destructivo, sino todo lo contrario, guiado por valores y por la inteligencia. Para nadie es un secreto que la violencia comienza con actos impulsivos destructivos individuales o de grupo, o principia por ideas asumidas como dogmas que no han pasado por el tamiz de una persona interior, que piensa de manera profunda, analítica y crítica antes de actuar o comprometerse con un movimiento o una causa.

Si a lo anterior se añade la dimensión espiritual de la interioridad, la presencia de Dios en el actuar libre de las personas, será posible generar procesos de reconciliación y perdón para superar todas aquellas heridas y traumas, tanto

físicas como psicológicas, que ha dejado como herencia la guerra. Sin un talante espiritual sólido, muy difícilmente el deseo de venganza cederá a favor de una reconfiguración de las relaciones en paz y armonía. Aquí el aporte religioso es fundamental. La construcción de la paz necesita en su base de la colaboración de personas de fuerte vida interior, con capacidad de interioridad, que logren cortar con la espiral de violencia que las ha acompañado, liberándose de sus secuelas para centrarse en labrar un futuro diferente.

Trabajar en el diálogo intercarismático: el carisma lasallista no es el único que se ha insertado en el mundo universitario colombiano. El confrontarlo con la teoría y la praxis de otros le permitirá develar y precisar su riqueza particular en la tarea de la paz. En ello la Universidad de La Salle puede tener un protagonismo particular: promover el intercambio en el interior del mismo carisma, para percatarse de cómo ha sido entendido y vivido en los diferentes países, y también estimular el diálogo hacia afuera, con los carismas que hacen lo mismo que ella, educar, pero con estilos diferentes (por ejemplo: el carisma franciscano, el carisma dominicano, los carismas laicales, etcétera).

La construcción de la paz es un trabajo de conjunto como ningún otro. La cultura de paz demanda del concurso de todos los actores sociales del país. Dentro de dichos protagonistas, las universidades católicas junto con los carismas educativos que las inspiran están llamadas a una labor común, dejando de ser islas solitarias para convertirse en archipiélagos interdependientes. Así serán más efectivas en contribuir al propósito nacional de conseguir una paz estable y duradera, mediante la transformación cultural y social.

Dar respuestas a las violencias: transformación cultural

Para Rettberg (2013) y para Palau-Loverdos (2014) el concepto de construcción de la paz de entenderse como acciones dirigidas a fortalecer y consolidar la paz para no recaer en un conflicto, ha ido expandiendo y diversificado su significado a campos como: los procesos de desmovilización, desarme y reintegración; el desminado; la justicia transicional; los procesos de reparación y reconciliación; y el rediseño de las instituciones políticas y económicas. Por

tanto, la construcción de la paz trasciende la resolución de conflictos por medio de negociaciones de paz e implica el trabajo en favor de la cultura de paz unida al desarrollo de los pueblos. Desde este punto de vista, se comprende que la construcción de la paz es un proceso de largo plazo, dinámico, no secuencial, con altibajos y que implica diversos retos y frentes de acción paralelos.

Desde esta perspectiva, la cultura de paz es la que permite la construcción de la paz duradera y sostenible. Proponer nuevas maneras de acercarse a la creación de una cultura de paz, a partir de la educación, es una tarea en la cual los carismas educativos de las universidades católicas tendrían bastante que aportar. Un primer paso sería su contribución creativa para intervenir los distintos tipos de violencia. Al respecto es posible distinguir entre violencia directa (interpersonal o intergrupala), violencia estructural (relativa a estructuras de la relación o de la comunidad o grupo, jerarquía o sistema) y violencia cultural (relativa a la cultura de grupo u organización, principios o normas implícitas o explícitas, tradiciones internas, etc.). Examinemos someramente cada una.

Violencia directa: sin personas con paz interior y sin colectivos pacificados no es posible desencadenar procesos de cultura de paz. En los evangelios los carismas educativos encuentran su fuente de inspiración, desde el responder al odio y a la violencia con una forma no violenta al estilo de Jesús, pasando por el “bienaventurados los que trabajan por la paz”, hasta el perdón y amor a los enemigos. Los evangelios son toda una escuela de esa paz interior que brota desde el corazón, la serenidad y la tranquilidad profunda de quien se ha dejado seducir por el Señor. La reconciliación con el otro no es olvido del pasado, sino libertad ante el rencor y el resentimiento, cambiando en el presente las condiciones que generaron ese pasado. De esta manera será posible que aflore el perdón. Las universidades estarían llamadas a educar en este espíritu evangélico de paz, fomentando el diálogo constructivo, la resolución de conflictos por vía pacífica y la acción política no violenta.

Violencia estructural: las fracturas no saldadas de orden económico, territorial, social, político e institucional que hacen del sistema colombiano algo cada vez más injusto, en detrimento de los pobres y excluidos, tienen en la universidad

católica su gran baluarte para estudiar e investigar sus causas estructurales, sus raíces históricas y sus posibles soluciones. A la universidad le corresponde ser creadora de un pensamiento transformador y la formadora de los profesionales dirigentes de esa transformación. La paz, la armonía, la convivencia pasan necesariamente por la construcción previa de un país cada vez más equitativo, por el reto vital por el hacer una nación con buen gobierno, educación de calidad, protección del medio ambiente, reducción de la desigualdad, erradicación de la pobreza, entre otros importantes aspectos. Los carismas educativos en fidelidad creativa comprometen a las universidades católicas con la lucha por erradicar los grandes problemas de Colombia, para que todos sus habitantes puedan soñar con un futuro mejor.

Violencia cultural: pasar de la cultura de la violencia a la cultura de paz, entendida como ese conjunto de valores, actitudes y comportamientos que reflejan el respeto a la vida, al ser humano y a su dignidad, es tal vez la misión más importante de las universidades católicas en las próximas décadas. Hay toda una cruzada por hacer con las nuevas generaciones de jóvenes que llegan a sus aulas para interiorizar e internalizar valores tan importantes, y que son la base para la construcción de la paz, tales como: la solidaridad y la cooperación en el día a día, la tolerancia que de la coexistencia debe llevar a la convivencia, el reconocimiento de las diferencias, el respeto a los derechos humanos, la conservación del orden y la democracia, la búsqueda de soluciones distintas a las soluciones violentas, la vida en armonía con el planeta tierra, el cultivo de la paz interior, el equilibrio de la vida política, económica y social entre las diferentes naciones. Como podemos ver, el concepto de cultura de paz conlleva un alto grado de complejidad, lo cual es un reto para la relectura de los carismas educativos desde una perspectiva integral, que nos permita poco a poco la reconfiguración de una cultura que no legitime la violencia ni la indiferencia, sino, por el contrario, que nos eduque en cambiar la manera como nos aproximamos a los conflictos, solucionándolos por vía pacífica y no de manera que se genere más violencia.

Intervenir desde las universidades la violencia directa, la violencia estructural y la violencia cultural colombianas no es otra cosa que emprender una transformación cultural de lo que hasta ahora ha predominado en nuestro ser nacional.

Es educar una nueva generación de colombianos con una nueva mentalidad y comportamientos que sean como la base, como el trampolín para el desarrollo, desde el cual se pueda hacer la transformación social.

Dar respuestas al bienestar y buen vivir: transformación social

En el *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*, fruto de los diálogos de paz de La Habana, se consigna el paradigma del “bienestar y buen vivir” como nuevo enfoque para el desarrollo del futuro de Colombia. Paradigma que las universidades, entre otros actores sociales, deben explicitar y teorizar. Se conjugan en él dos aproximaciones distintas pero complementarias de la función del Estado: garantizar el bienestar de la población y propiciar el buen vivir de su gente. No es nuestra intención centrar las reflexiones que siguen en ahondar sobre sus concepciones, idearios o posibilidades de implementación. Tan solo vamos a aproximarnos tangencialmente a dicho paradigma como posibilidad que enriquece las búsquedas de los carismas educativos de las universidades católicas, para proponer nuevas maneras de acercarse a la creación de una cultura de paz desde la educación.

Afirmemos, sin ambages, que no se puede hablar de construcción de la paz mediante una cultura de paz sin el bienestar y buen vivir de la población. El uno requiere del otro en un proceso de completa interdependencia. Examinemos, entonces, siguiendo el pensamiento de Vallejo (2004), las tres tareas fundamentales y de largo plazo que se requieren para construir la paz en Colombia. La primera tarea se centra en la gente y se propone erradicar la pobreza. La segunda tarea pretende el fortalecimiento institucional. Y la tercera, se refiere a la construcción de regiones.

La pobreza y los pobres: el primer Objetivo de Desarrollo Sostenible de la ONU se refiere a ellos así:

La pobreza va más allá de la falta de ingresos y recursos para garantizar unos medios de vida sostenibles. Entre sus manifestaciones se incluyen el hambre y la malnutrición, el acceso limitado a la educación y a otros servicios básicos, la discriminación

y la exclusión sociales y la falta de participación en la adopción de decisiones. El crecimiento económico debe ser inclusivo con el fin de crear empleos sostenibles y promover la igualdad.

Salta a la vista el gran reto que conlleva para las universidades católicas el contribuir con soluciones, alternativas de cambio y proyectos de intervención desde las diferencias ciencias y disciplinas, investigaciones y profesiones. La espiritualidad y teología de la tradición latinoamericana que inspira los carismas educativos aporta como horizonte de comprensión nuevo la “solidaridad con los pobres de la tierra”, en cuanto algo abierto y concreto, donde las universidades católicas se transformen en “comunidades de solidaridad, entrando en su casa, en su mundo, en su cultura”. Se trataría entonces de un bienestar y buen vivir que logre erradicar la pobreza y tenga como prioridad a los más pobres de la población.

El fortalecimiento institucional: es decir, la creación de confianza y de capital social, de tal manera que las decisiones de los ciudadanos se rijan por valores de responsabilidad y respeto, por normas transparentes que se cumplan y se hagan cumplir, con el apoyo de entidades que suplan las carencias de información y garanticen la provisión de servicios y bienes públicos de calidad. Siempre y cuando logremos consolidar la institucionalidad en todos los ámbitos del territorio colombiano, el bienestar y el buen vivir podrán permear todo el tejido social. Aquí el desafío para las universidades católicas es la formación de los cuadros de profesionales y dirigentes para el gobierno local. Una nueva generación de gobernantes probos y con una ética a toda prueba, que logre eliminar la corrupción en todas sus formas. Acá la creatividad y la innovación de los carismas educativos tendrá su mayor prueba de fuego.

La construcción de regiones: es un pendiente previsto en la Constitución de 1991. Todavía no ha sido posible el reordenamiento territorial de Colombia. El acuerdo de La Habana lo tiene como telón de fondo de sus páginas. La construcción de la paz y la cultura de paz, junto con el bienestar y el buen vivir, solo se podrán concretar desde una perspectiva regional. Las universidades católicas, presentes en buen parte del territorio colombiano, están invitadas a

cooperar desde esta perspectiva. Con otras palabras, unos carismas educativos más inculturados, que respondan con pertinencia y coherencia a las comunidades y los territorios donde se encuentran insertos.

Aportar desde las universidades a la solución de la pobreza y los pobres, al fortalecimiento institucional y a la construcción de regiones no es otra cosa que coadyuvar a la transformación social en la cual se encuentra empeñada nuestra sociedad. Es comprometer a la nueva generación de colombianos con el dar vía libre a una nueva etapa de la historia del país, que garantice bienestar y buen vivir para todos, especialmente a todos los desheredados de la fortuna.

Caminos hacia la paz: la universidad como laboratorio de cultura de paz

La incertidumbre y los escenarios de realidad suscitados en Colombia por el impacto de la no aprobación del plebiscito del 2 de octubre del 2016 enrumbaron al país por unos caminos no previstos por ninguno de los actores y de impredecibles consecuencias en el corto, mediano y largo plazo. Para las universidades católicas, inmersas en tales coyunturas, la mejor opción es hacer vida la consigna de Mahatma Gandhi: “No hay caminos para la paz; la paz es el camino”. Tendríamos entonces como horizonte de acción y reflexión, de investigación y de educación, el convertir la universidad en un lugar de experimentación, de innovación, de búsqueda de los nuevos caminos por seguir en la construcción de la paz. Una universidad que sea laboratorio de cultura de paz. Desde una mirada esperanzadora otra universidad es posible. En palabras de Martínez (2007) diríamos:

Se trata de optar por lo nuestro en el sentido de idear caminos reales de solución a los conflictos a partir de nuestro pueblo, lo típico de nuestra cultura, lo auténtico de nuestra raza, lo propio de nuestras raíces. Hemos de optar por lo original de nuestra gente, de su sentir comunitario, su realidad de comunión. Se trata de renacer y rehacer desde el origen: asumir nuestra realidad, acoger y reconocer lo que somos y tenemos desde nuestra identidad y diferencias, desde nuestra complementariedad y alternatividad; volver a las fuentes de orgullo latinoamericano y caribeño, tejer

un continente desde nuestra forma de ser y de actuar, a partir del respeto, la ayuda mutua y la colaboración. (p. 29)

Caminar hacia una cultura de paz requiere una apuesta por repensar las dinámicas educativas de la sociedad. Necesita procesos propositivos para construir espacios donde los ciudadanos sepan convivir juntos, en medio de su diversidad y multiculturalidad; donde las apuestas colectivas tengan mayor impacto que las decisiones que respondan a intereses personales; donde las identidades colectivas sean tan o más valoradas y reconocidas como las individuales. De igual manera, es necesario repensar la pedagogía y la didáctica que circula por los claustros universitarios, para que también sean caminos para la paz.

Tras la consecución de estos cometidos, los planteamientos de esta ponencia se dirigieron a pensar la transformación cultural y la transformación social como mediadores para la construcción de la paz en Colombia. En esta tarea, los carismas educativos que inspiran a las universidades católicas son una oportunidad para relanzar el compromiso que estas tienen con una educación en y para la paz; y para los religiosos, sacerdotes y laicos que animan estas instituciones, una manera apasionada de vivir en el presente el evangelio, desde la fuerza inspiradora de los carismas, con todo el dinamismo espiritual y la audacia apostólica de los fundadores.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2008). *Comunidad*. Madrid: Siglo XXI.
- Böttigheimer, C. (2015). *¿Cómo actúa Dios en el mundo?* Salamanca: Sígueme.
- Castro, L. (2016). Aportes para una nueva teología de la paz. *Vida Nueva*, (150), 23-30.
- Chipana, S. (2016). El Buen Vivir: la búsqueda de un “mundo donde quepan muchos mundos”. *Vida Nueva*, (136), 23-30.
- CLAR. (2016). *“Salgamos aprisa al encuentro de la vida”*. *Horizonte inspirador de la Vida Consagrada en América Latina y el Caribe*. Bogotá: CMYK.

- Comisión Edu-CLAR. (2015). Carismas educativos compartidos en una nueva sociedad. "Cerca de Dios, cerca de los pobres". En *Memorias. Vida Consagrada. Congreso CLAR* (pp. 567-579). Bogotá: CMYK.
- Coronado, F. (2016). Educación para la paz: una utopía. *Vida Nueva*, (138), 13.
- De la Calle, H. y Márquez, I. et al. (2016). *Acuerdo final para la terminación del conflicto y la construcción de una paz estable y duradera*. La Habana, Cuba, agosto 24. Bogotá: Casa Editorial El Tiempo.
- De Zúbiria, J. (2016). El triunfo del No y el fracaso de la educación colombiana. *semana.com.*, lunes 10 de octubre, sección Educación.
- El llamado de los jóvenes. (2016). *Semana*, (1797), 9 de octubre.
- El voto que condenó el plebiscito (2016). *Semana* (1797), 9 de octubre.
- Gualy, L. (2014). Construcción de cultura de paz en América Latina desde la educación superior. *Revista de la Universidad de La Salle*, (65), 51-84.
- Malaver, C. (2016). Los estudiantes tras las marchas por la paz. *El Tiempo*, domingo 16 de octubre.
- Martínez, V. (2007). *Una vida religiosa discípula y misionera*. Bogotá: Paulinas.
- Mercado, P. (2016). La Iglesia y el plebiscito. *El Tiempo*, viernes 14 de octubre.
- Mojica, J. (2016). 'Como los jóvenes, la Iglesia Católica quiere acuerdo ya'. *El Tiempo*, domingo 16 de octubre.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2016). Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). *Revista de la Universidad de La Salle*, (70), 141-172.
- Palau-Loverdos, J. (2014, septiembre). *Transitar de los abusos del pasado a cultivar las paces*. Ponencia presentada en el II Congreso Internacional Edificar la Paz en el Siglo XXI, Bogotá, Colombia.
- Pereira, A. (2016). Buen vivir y ciudad. *Vida Nueva*, (137), 23-30.
- Prada, O., Hermano, R. y García, D. (Ed.) (2016). *Iglesia que camina con espíritu y desde los pobres*. Uruguay: Amerindia.
- Ramírez-Orozco, M. (2014). Aproximación bibliográfica a la construcción de paz en Colombia. *Revista de la Universidad de La Salle*, (63), 23-43.
- Religión y política. (2016). *Semana*, (1800), 6 de noviembre.
- Rettberg, A. (2013). La construcción de paz bajo la lupa: una revisión de la actividad y de la literatura académica internacional. *Estudios Políticos*, (42), 13-36.

- Serrano, A. (2016). El fenómeno cristiano detrás del No. *El Espectador*, domingo 23 de octubre.
- Unisinós. (2013). *50 años del Vaticano II. Análisis y perspectivas. Memorias Congreso Continental de Teología Unisinós, Brasil*. Bogotá: Paulinas.
- Universidad de La Salle. (2014). *II Congreso Internacional Edificar la Paz en el Siglo XXI. Universidad de La Salle. Septiembre 24 a 26 [folleto]*. Bogotá: Ediciones Unisalle.
- Vallejo, M. (2004). Universidad y construcción de paz en Colombia. *Ánfora*, (18), 5-25.
- Vladdo. (2016). El día que votamos poquito, pero mal. *El Tiempo*, miércoles 5 de octubre.